

...de este género de estudios con tan y con perse-
verancia. La palabra es el atributo que distingue al
hombre de los demás seres que pueblan la tierra, y jas-
to será que se esfuerce en llevar al mas alto grado de
perfeccion posible el don que se le ha concedido por es-
ta singular prerogativa. Y que es la palabra mudada
en todas las relaciones del dulce comercio que estable-
ce entre los mortales, considerada como integrante del al-
ma y del corazon, y sus afectos. Es el lazo in-
visible del amor y de la benevolencia, es el eco nel que
repite á los demás lo que pasa dentro de nosotros, es el
unido de nuestra actividad á de nuestros dolores, es pa-
ra decirlo de una vez, la vida, porque la vida circula con
ella, y por eso no se la encuentra en los mundos y oscuri-

CAPITULO VI.

Prevenções al que quiera improvisar.

EN nuestros dias de debates parlamentarios no ha podi-
do menos de conocerse la necesidad de la improvisacion,
y algunos amigos de las ciencias y del progreso han da-
do reglas para poder obtenerla mas breve y mas fácil-
mente. Su trabajo, sin embargo, ceñido á presentar unos
pocos preceptos, no abraza todo el cuerpo de doctrina
que necesitan tener á la vista los principiantes, y no pue-
de por ello merecer el nombre de un sistema. Nosotros
nos proponemos acompañar al improvisador desde el
momento en que principia sus ensayos en la soledad has-
ta aquel en que despues de haber vibrado una voz po-
derosa en la tribuna, recibe por ello desinteresados aplau-
sos de sus colegas y de la multitud. Antes de aparecer
en este teatro y despues de colocarse en el escenario co-
mo protagonista, necesita tener muy presentes varias ad-
vertencias, y esta es la causa de anticiparle las preven-
ciones que vamos á consignar.

Una observacion debe alentar á la juventud para de-

...cuerpo acabado y perfecto. ¿Cómo se han adquirido
estas raras habilidades que se ocultan al público y que
excitan su admiracion y sus aplausos? Estas célebres ar-
tistas que tanto brillan en los teatros fantásticos de nues-
tros teatros, ¿han hecho otra cosa que ir conquistando
la posesion de movimientos y actitudes aisladas con su-
jecion á las reglas y con la pena del trabajo, para des-
pués dar vuelo á su genio y hacerlas servir á todos los
rumbos y cambios que les ofrece su voluntad? Cierta-
mente que no: el hombre en todo lo que sobresale, no es
mas que el resultado de los hábitos adquiridos por el
ejercicio y la aplicacion. Nosotros en este sistema exi-
gimos esos hábitos sobre las palabras con sus trazo-
nes, sobre las frases con sus figuras, y sobre los perio-
dos con todos sus movimientos, y como un discurso no
es mas que la reunion de estos elementos armoniosos, res-
ultante necesariamente que adquiera la facilidad en nues-
tros ejercicios, sea el hablar espontáneo y presente, sea
la improvisacion. Esta, como se ve, es el primer paso
para conseguir la perfeccion en este arte. Los principios
de la aplicacion á los discursos públicos son sencillos y
claros, pero el hecho que impone el trabajo es el que
nos obliga á perseverar en él. Para hacer este curso
de una leccion á la vez, y para que sea provechoso, un
cuando se aplican las reglas en la practica, se debe tener
presente el principio de que el trabajo es el que produce
los resultados. Antes de salir á la tribuna, el orador
debe tener á la vista y de presente en el escenario co-
mo protagonista, necesita tener muy presentes varias ad-
vertencias, y esta es la causa de anticiparle las preven-
ciones que vamos á consignar.

dicarse á este género de estudios con afan y con perseverancia. La palabra es el atributo que distingue al hombre de los demas seres que pueblan la tierra, y justo será que se esfuerce en llevar al mas alto grado de perfeccion posible el don que se le ha concedido por esta singular prerogativa. ¿Y qué es la palabra mirada en todas las relaciones del dulce comercio que establecè entre los mortales, considerada como intérprete del alma y del corazon, que por ella envia á las otras almas y á los otros corazones sus ideas y sus afectos? Es el lazo invisible del amor y de la benevolencia, es el eco fiel que repite á los demas lo que pasa dentro de nosotros, es el nuncio de nuestra felicidad ó de nuestros dolores, es para decirlo de una vez, la vida; porque la vida circula con ella, y por eso no se la encuentra en los mudos y oscuros sepulcros. Ninguna tendencia mas noble que la que se dirige á dar á la palabra aislada las formas mas á propósito para cimentar su soberanía, y á este objeto es al que se dirige el trabajo, porque si la palabra en su origen viene de Dios, su desarrollo, su espontaneidad, y la improvisacion en que se ostenta, se debe exclusivamente al hombre. Otro motivo de estímulo debe encontrarse en la dulce recompensa que va ligada á los afanes. En nuestros tiempos apasionados de discusion, de choques, de pugnas y alternativas, la elocuencia alcanza á donde no llegan ni las riquezas ni el poder. A su voz imponente desaparecen los obstáculos, las malas pasiones se enfrenan, y hasta los rumores del disgusto entran en silencio. Ella postra con una mano á los enemigos, y con la otra arroja coronas á sus paladines favorecidos. Sigamos, pues, nuestras observaciones en materia de tanto interés. De las advertencias que vamos á consignar, unas servirán al improvisador en la elaboracion oculta

de sus arengas, y otras en el momento en que se ve ya dueño de la tribuna.

En la primera de estas situaciones debe cuidar de no disponer discursos largos, porque las tentativas del aprendizaje son como los primeros pasos del niño; y no debe correrse voluntariamente el riesgo de caer, por prolongar la carrera mas allá de lo que la prudencia permite. En todo debe haber sobriedad cuando la marcha no puede menos de ser vacilante, porque todavia no ha adquirido el talento el aplomo y la robustez que le dan despues la esperiencia y el hábito. Y decimos que debe haber sobriedad en todo, porque en estos discursos de ensayo no deben tampoco derramarse flores y galas, y sí contentarse con tener seguridad sin lujo, dejando el deslumbrar con él para cuando el aprendiz se haya convertido en maestro. Segun se va adelantando en el camino, y segun se va ganando en la posesion del arte, se deben ir añadiendo nuevos adornos á las arengas, asi como el que educa sus fuerzas por medio de la gimnasia no intenta levantar grandes pesos sino despues de haber manejado con soltura otros mas soportables y livianos.

Recomendamos tambien que no se amplifique mucho en los primeros ensayos. Las amplificaciones son sin duda bellas, pero piden inteligencia y costumbre para sostenerse, y no siempre es dado á los que empiezan conservar el equilibrio en estos prolongados balanceos. No queremos decir con esto que no se amplifique con cierta medida y cautela, pues el discurso parlamentario perderia su carácter de tal si se le sujetase á la concision matemática.

Sobre una cosa es necesario que el que trabaja para hacerse improvisador esté muy prevenido; contra la desesperacion ó al menos desaliento que suele apoderarse

del ánimo cuando se ve que los resultados no corresponden tan pronto como se quisiera á los deseos y á las esperanzas. Este desden del arte es ciertamente enojoso y mortificador; pero el modo de vengarse es vencerlo, y para vencerlo solo se necesita aplicacion y constancia. Para hacer una cosa bien es necesario por lo comun haberla hecho mucho tiempo mal. La perfeccion es rara, y todo lo raro es costoso de alcanzar. Todos los que un día sobresalen tuvieren preparaciones no menos incómodas, no menos desesperantes. Corneille, Racine y Crévillon conocian muy bien su lengua; pero el aprender á fabricar aquellos versos inmortales que les han merecido la admiracion del mundo, les costó porfiados conatos, lentos estudios, y ensayos por lo pronto infecundos. El que se propone luchar con los obstáculos y sobresalir en la ciencia ó arte á que se dedica, conoce el largo camino que ha cruzado, y los grados de perfeccion que han sido el premio de sus fatigas, cuando pasados algunos años compara lo que entonces hace con lo que antes hacia. Entonces se admira de ver la diferencia y el espacio corrido, se aplaude de su aplicacion, y cobra nuevo ardimiento para insistir con mayor porfía.

Siempre se empieza mal, y la perfeccion viene con el trabajo y con el tiempo. Si el mismo Demóstenes hubiera recordado en los bellos tiempos de su elocuencia poderosa los discursos que dirigia á las olas cuando se propuso seguir la carrera de la tribuna, sin duda se hubiera avergonzado, y acaso no hubiese querido creer que fueran suyos. Y no se necesita formar esta conjetura. Su primera arenga en la plaza pública cuando creyendo que la improvisacion se podia improvisar, si nos es lícito valernos de este pleonasma, quiso ser orador sin haberse preparado con estudios y ejercicios que

le dieran la facilidad y el arte, le valió demostraciones tan ofensivas á su amor propio, que bajó de lo que creia el trono de su gloria, confuso y humillado. En otro hombre de menos tenacidad aquel fracaso hubiera destruido todas las esperanzas, y provocado un absoluto desestimiento: pero Demóstenes tenia fuerza de voluntad, con ella trabajó infatigable, con ella se sometió á duras pruebas, con ella triunfó hasta de su organizacion defectuosa, con ella hizo despues rápidos progresos, y con ella conquistó el alto renombre que los siglos han respetado y que todavia vive en nuestros recuerdos como un fanal y como una leccion. Que no la olviden nunca los que principian.

Para allanarse el camino desde el principio y evitarse la mortificacion de luchar vanamente mucho tiempo con la palabra en los primeros ensayos, convendrá no empezar á formular ningun discurso hasta que la materia se haya estudiado profundamente, y se refleje en nuestra cabeza con toda claridad y orden. La expresion sigue siempre los rumbos de la inteligencia, y cuando en ésta no hay mas que oscuridad y confusion, es imposible dar á la arenga el enlace necesario, y mas imposible todavia revestirla con la energía de los pensamientos, y engalanarla con las gracias del decir. Si en tales circunstancias flota de una manera vaga á nuestra vista el objeto sobre que debemos hablar, lo que á las veces resulta de la meditacion misma, debe suspenderse toda tentativa, hasta tanto que se desvanezcan aquellas sombras, imitando al pintor que retarda levantar el cuadro de un paisaje para cuando haya caido la niebla que le oculta los detalles de que quiere apoderarse.

Contra un temor es necesario armarse desde el primer dia, á fin de que cuando llegue el momento de pro-

ducirse no nos sorprenda, y estemos ya hasta cierto punto acostumbrados á sobreponernos á él. El silencio y el aparato de una Cámara son á la verdad imponentes, y se necesita grande arrojo y serenidad para hacer frente á la impresion medrosa que desde luego inspiran. Aconsejamos al que haya de improvisar que desde que empieza sus trabajos solitarios se haga la ilusion de que ya está hablando ante una reunion numerosa, para ir asi sacudiendo el temor que despues ha de causarle la vista del lugar y de la concurrencia. Esto es para el improvisador del mayor interés; porque perdidos serian todos sus afanes, completamente infructuosa la facilidad que á fuerza de aplicacion pudiese adquirir, si llegado el instante de presentarse en la palestra se turbara y sobrecogiese en coyuntura tan crítica y solemne. Entonces de seguro el miedo paralizaria sus facultades y ahogaria su palabra. En vano seria que se encontrase armado de todas armas, si habia perdido la facultad de echar á ellas la mano, y de esgrimirlas con resolucion y denuedo. El temor asesina siempre á la tribuna, y este peligro es mayor para el que improvisa, que para el orador preparado. Este al menos cuenta con sus meditaciones y con sus recuerdos; pero el improvisador como el pulmon, solo vive de la atmósfera que le rodea, solo puede acudir á las impresiones del momento, y desde que conoce que le abandona la serenidad, ve tambien que su inspiracion se ahoga. Desde aquel instante malhadado, el artista se hunde, y solo queda el hombre, reducido á las mas escasas proporciones de su debilidad é insuficiencia.

Semejante peligro se siente en toda su gravedad y con las formas mas amenazantes cuando el improvisador despues de haberse ejercitado con una lentitud cui-

dadosa, revestido del carácter público aparece en la Cámara que fija en él su mirada atenta y severa. ¿Qué va á sucederle? ¿Cuál será el resultado de este primer combate? ¿Le abandonará la inspiracion caprichosa, que tiene sus dias de favor y sus dias de desden? ¿Pondrá una piedra al edificio de su gloria, ó caerá entre la vergüenza para no levantarse del polvo de una afrentosa derrota? Todas estas ideas acuden en el momento en que son mas necesarias que nunca la calma y la tranquilidad del espíritu. ¡Terrible situacion! En ella todo depende de la serenidad del ánimo, y cuanto vemos y presentimos conspira á quitárnosla. Para hacerse superior á estas prevenciones, conviene descomponer la asamblea, y no mirarla como un todo cuya vista amedrenta, sino á cada individuo aislado que no puede tener otra altura que la medida ordinaria de un hombre. Ya entonces la comparacion es soportable si no ventajosa, y el improvisador se siente libre del peso que le oprimia. Ya no habla á un poder y á un cuerpo moral revestido de dignidad y de prestigio. Habla solo á individualidades mas ó menos entendidas, mas ó menos peritas, pero que al fin no pasan de ser individualidades. El fantasma huyó, y lo que queda es un hombre muchas veces repetido, con el cual podemos entendernos, porque ningun hombre escede á otro en cien codos de magnitud. Todavia se puede recordar para mas alentarse aquella observacion de Montesquieu que dice: “que las cabezas de los mas grandes hombres se achican cuando se juntan en una asamblea, y que donde hay mas sábios se encuentra menos sabiduría.”

Pero falta que superar otro riesgo que es el mas temible de todos. La impaciencia de los que escuchan se muestra muchas veces inquieta, y el espíritu de interés

ó de partido prorumpe en gritos que apagan la voz del improvisador. ¿Qué hará en este conflicto? Permanecer inalterable, y aguardar en calma á que la Cámara entre en silencio. El improvisador ha de defender su puesto valerosamente, y como los trescientos Espartanos de las Termópilas, ha de pasar por todo menos por huir. ¡Desgraciado de él si los murmullos ó las voces bastan á desconcertarle! ¡Mas desgraciado todavía si fuesen bastantes á hacerle enmudecer, y abandonar el lugar de las arengas! Esto equivaldría á tener solo valor para decir cosas agradables, y ponerse á la merced del que tenga bastante osadía para alterar el orden, y bastante voz para atronar con sus gritos. Este desahogo censurable de las bajas pasiones, no debe apagar la voz independiente y divina que se anuncia por una boca inspirada.

Prevenido ya el improvisador por estos consejos, continuemos en el desenvolvimiento de nuestra teoría.



que de atonante y confundido sino en su estudio en el orden riguroso, pero cono de las principales ideas en los puntos de trabazon y dependencia de todas las partes que lo deben constituir. Imposible es que al ver un árbol formo y vestido de fastoso follaje, podamos darnos cuenta de todas sus ramas, y mas de las hojas que se mecen al soplo de las auras suaves; pero un momento de atencion repetat en el troco y en los principales brazos que sostienen aquella tienda de verde de que salen tan tiernos é insinuantes murmullos. El improvisador al ir á empezar su acento no debe ver las pedruzcos de la obra que repentinamente como debe ver con claridad el conjunto y las diversas partes que lo van á formar. Esto es lo que necesita manejar en las públicas discusiones.

CAPITULO VII.

Formacion del discurso entero en los ejercicios con que se adquiere la improvisacion.

Ya tenemos al que se ejercita para improvisar, con ideas, con palabras propias y metafóricas, con frases y sus figuras, y con períodos que comprenden todos los giros y todos los medios de enunciacion. Suponemos que todo ello lo posee por medio de repetidos ensayos, y que ha adquirido la soltura y seguridad que se necesita para dar el último vuelo.

¿En esta situacion, cómo se acostumbrará á formar los discursos de la manera instantánea que despues reclama la tribuna? El método que vamos á proponerle es sumamente sencillo, y conduce á resultados tan seguros como sorprendentes.

METODO SINTETICO.

El improvisador cuando ocupa la tribuna, necesita abarcar de una sola mirada todo el discurso que va á pronunciar: no en sus detalles porque esto seria imposible, y aunque fuera fácil y hacedero no le serviria mas

que de atolondrarle y confundirle; sino en su esqueleto, en el orden rigoroso, pero conciso de las principales ideas, en los puntos de trabazon y dependencia de todas las partes que lo deben constituir. Imposible es que al ver un árbol lozano y vestido de lustroso follaje, podamos darnos cuenta de todas sus ramas, y mas de las hojas que se mecen al soplo de las auras suaves; pero un momento de atención bastará para hacernos reparar en el tronco y en los principales brazos que sostienen aquella tienda de verde de que salen tan tiernos é insinuantes murmullos. El improvisador al ir á empezar su arenga no debe ver las pequeñeces de la obra que repentinamente concibe; pero debe ver con claridad el conjunto y las diversas partes que lo van á formar. Esto es lo que necesitará mañana en las públicas discusiones, y esto á lo que debe acostumbrarse hoy en sus ejercicios preparatorios.

Para adquirir este golpe de vista, que es en lo que consiste casi todo el secreto de la improvisacion, hay un medio sencillísimo. Fórmese ante todo el discurso lógico, y una vez poseedores de él, nada mas fácil que formular con la ayuda de los medios obtenidos en los ensayos, el verdadero discurso oratorio. Ya hemos dicho varias veces que una arenga por larga que sea puede reducirse á pocas proposiciones que abrazan en sustancia y en el rigorismo didáctico aquel todo tan pomposo y tan bello. Despójesele de sus ricas vestiduras, déjesele completamente desnudo, y este cuerpo sin atavíos y hasta descarnado, es lo que debe ante todo construir el que quiera aprender á improvisar. Tampoco debe llevar despues al debate mas que este esqueleto que le dá los puntos de partida, de transiciones y de término. En cuanto á los adornos no debe inquietarse, porque en su

corazon y en su cabeza lleva riquísimos trages con que vestirlo con una celeridad mágica.

Lo primero, pues, que debe hacer el que estudia la improvisacion, es construir el discurso lógico: es decir, trazar sobre el papel las proposiciones cardinales que quiere enunciar, enlazarlas con el mejor orden, y empaparse de aquella serie de ideas hasta el punto de representárselas todas en el orden de correcta formacion que les haya dado en su plan. Hecho esto, la dificultad está vencida, y lo demas lo acaban el calor de la lucha y la inspiracion. Un filósofo decia que el discurso lógico es la mano cerrada, y el discurso oratorio la mano abierta. Y asi es en efecto. Formado el primero, el ave tiene crecidas y fuertes alas, y no necesita mas que darlas al viento para volar. El improvisador en cada extremo de su discurso verá claramente la idea cardinal que debe emitir. Debe amplificarla, es verdad; pero ya por nuestro método posee la amplificacion, porque la ha hecho objeto de repetidos ensayos. Debe dar á su pensamiento giros graciosos y elegantes; pero ya los conoce todos: debe vestirlos con palabras escogidas; mas no hay ninguna que le sea estraña: debe derramar metáforas; pero todos los medios de belleza le son familiares: debe ser en la prueba enérgico y valiente; pero ya ha ensayado con repeticion todas las figuras de pensamiento que producen esa conviccion poderosa é indeclinable: debe en la parte de afectos ser acalorado y vehemente; pero ya está acostumbrado á recorrer todos los tonos en ese instrumento misterioso y sublime, y su sensibilidad que se enciende súbitamente, arroja la lava inflamada en el momento en que el corazon se ve interesado y conmovido. El discurso oratorio será hijo del discurso lógico; pero no hijo del tiempo y pasados los períodos que

la naturaleza ha marcado á la ordinaria fecundidad, sino hijo del instante, que nos recuerda á Minerva saliendo súbito y armada de la cabeza de Júpiter.

Pero se nos dirá: ¿y cómo hemos de formar instantáneamente el discurso lógico, base del discurso oratorio, cuando nos vemos sorprendidos por la urgencia de lanzarnos á la tribuna? No hemos tenido tiempo de arreglar nuestros pensamientos y menos de darles una fórmula precisa; nuestras ideas flotan confusamente en nuestro cerebro, como los átomos vagan en desórden en el espacio; la agitacion del momento se opone á toda operacion reflexiva; el sobresalto hace latir á nuestro corazón con violencia, y en tales circunstancias no nos es dado formar esos hilos maestros sobre los cuales debe tejerse nuestra obra.

Para vencer esta dificultad es para lo que pedimos que se repitan los ejercicios de preparacion. Al principio al lanzar la vista sobre toda la materia, veremos pardas nubes, despues sombras, luego empezarán á dibujarse las ideas con claridad, y por último se nos presentarán con método; con el método que es á los discursos lo que es al mundo la luz. Asi irá describiéndose la cortina que nos ocultaba la verdadera filiacion de las ideas, y aparecerán éstas claras y precisas, con todos sus enlaces y con toda la espresion de su fisonomía, como en la comedia de mágia de la Redoma encantada al romper la varilla el vidrio solo se levanta una densa columna de humo, que despues se va enrareciendo y presentando en confuso las formas y el traje del marqués de Villena; hasta que al fin el humo se disipa enteramente, y el protagonista aparece con una claridad y un aparato que deslumbran. Cada vez que el improvisador repita estos ensayos, le serán mas obvios, hasta que el resultado que

antes se hacia esperar venga á ser instantáneo y pueda hacer rápida y maquinalmete lo que antes le costaba tiempo y dificultad.

Réstanos solo esplicar el mecanismo del discurso lógico que es la base de que ha de partir el improvisador, y presentar á su lado el discurso oratorio para que se vea el procedimiento y el término á que lleva; el modo de construir el embrion y el de darle carnes, ropage, y el sopro de la vida.

